

Clemente Sáenz Ridruejo, ingeniero de caminos

Enrique Alarcón Álvarez. Presidente de la Fundación Pro Rebus Academiae, de la Real Academia de Ingeniería

Excelentísimos señores y señoras, compañeros, amigos:

Tuve la suerte de ser elegido como amigo por Clemente y la desgracia de que eso sucediera en los últimos cinco años de su vida.

Y digo esto porque, la pequeña muestra de tiempo en que el destino me permitió disfrutar de esa amistad me hace lamentar no haberme acercado con más confianza a él durante los muchos años previos en que yo seguía y admiraba su trayectoria.

Me han pedido que lo glose como ingeniero, misión imposible de conseguir en 10 minutos, por lo que pido disculpas por las carencias de mi discurso que, desde el cariño y admiración hacia el personaje, voy a intentar enfocar desde los tres puntos de vista que más me han llamado siempre la atención: su actividad profesional, su magisterio en la Universidad y su dedicación a las asociaciones.

En la profesión Clemente era una leyenda. En algunos aspectos semejante a su padre: profundo conocedor del territorio, amante de su especialidad, dispuesto a compartir con generosidad su tiempo y su sabiduría, pero también, y no como virtud menor, a aprovechar cualquier ocasión para transformar en amigos a sus clientes e incluso a sus oponentes en las cuestiones controvertidas.

Clemente siempre me ha admirado porque tenía la visión global de la geomorfología de España, cultivada en sus incansables viajes por el país y compartida con algún que otro compañero como Mariano Fernández Bollo o Miguel Ángel Hacar con los que coincidió en la Sociedad de Reconocimientos Geofísicos.

Él había completado su formación universitaria con la carrera de Ciencias Geológicas cuyos estudios hizo compa-

tible con el desarrollo de su actividad profesional.

Desde 1956 se acumulan en su currículum intervenciones relacionadas con grandes presas, túneles, trazados de carretera y ferrocarril, cavernas para centrales hidráulicas, canales, abastecimientos de agua, centrales nucleares y convencionales, urbanismo y ordenación del territorio, etc.

Entre ellas se encuentran estudios para obras míticas de la ingeniería española como Aldeadávila, Valdecañas, el túnel de Talave, los trazados de ferrocarriles de alta velocidad, etc.

Yo coincidí con él en varias ocasiones relacionadas con el estudio sísmico; de centrales nucleares y de alguna presa accidentada en la que participó como perito judicial.

Con toda razón decía que en ingeniería sísmica estamos ahitos de información y ayunos de conocimiento y para ilustrarlo contaba la historieta, luego clásica, del famoso capitán de la marina mercante que para tomar una decisión en los momentos de peligro, debía acudir a la caja fuerte de su camarote donde guardaba un libro secreto que contenía una sola línea en la que se explicitaba... ¡la relación biunívoca entre babor-estribor e izquierda-derecha.!

En todas sus soluciones a problemas ingenieriles brillaba su sentido común y su profundo conocimiento tanto del territorio como de los avances de la técnica, de los que se mantenía al tanto gracias a sus visitas a obras nuevas y a su capacidad para escuchar a todos sin prejuicios. Su capacidad para generar soluciones, su generosidad al compartirlas sin contraprestación y su bondad desbordada le ganaron el respeto y aprecio de toda la profesión.

Una de las marcas de clase en la ingeniería moderna española ha sido, desde Betancourt hasta ahora, la habilidad física

y matemática de sus estudiantes. Pero en ingeniería el cálculo sin la observación no es nada y por eso son tan importantes para la formación asignaturas como la que explicaba Clemente.

Asignaturas donde lo más increíble, como que haya restos de fauna marina en lo alto de las montañas, puede ser lo más razonable.

Clemente contaba una frase de Jefferson, presidente de USA, quien consideraba más plausible que dos profesores yankees mintieran al hablarle del origen de los meteoritos que aceptar como cierto que desde el cielo llovían piedras.

En esta asignatura tan singular y tan necesaria, el primer mérito de Clemente fue la organización de un grupo apasionado de profesores con los que sacó adelante el laboratorio de geología de la escuela incluso en las etapas de penuria, planteó la renovación de contenidos con temas de la máxima actualidad y lo hizo con especialistas de todas las ramas científicas y técnicas.

Si sus colaboradores en la Cátedra veían en él a un maestro qué decir de lo que sentían sus alumnos.

Mi primogénita, estudió Caminos y no empezó a convencerse de que estaba en el sitio que le gustaba hasta que llegó a la asignatura de "Geología Aplicada" y se encontró a un profesor que la animaba en lugar de maltratarla, que la hacía pensar con grandeza y que le mostraba, la realidad del país, las dificultades y las oportunidades de la profesión.

Para espanto de sus progenitores, Arantza volvía todos los fines de semana con barro hasta los huesos tras dedicarse a visitar cuevas con el grupo de espeleología pero también con un entusiasmo suficiente como para arrastrarnos en alguna ocasión a repetir la excursión con nosotros a pesar de mi inveterada reluctancia a

codearme con la escala 1:1. Me contaba también que en las visitas de campo la entrega del profesor era tal que los alumnos terminaban con un aplauso espontáneo a su magisterio.

Clemente sabía, y estaba satisfecho por ello, que los estudiantes de la Escuela se dividían entre los que habían pasado por sus manos y los que todavía peleaban con las asignaturas previas; pero siempre tenía la elegancia de interrumpir los halagos y reconocimientos con un gesto de humor.

Viene a mi memoria un congreso donde en el descanso entre dos sesiones comencé a importunar su modestia con mis agradecimientos por el cambio en la actitud de mi hija ante la carrera. Salió del trance asegurándome que deberíamos ser conscientes de que el único acto en que enseñamos algo a los estudiantes es el momento del examen en que pronunciamos la fatídica frase "firmen y entreguen". Y justificó su "boutade" asegurando que con ella se les transmiten dos ideas básicas: que las cosas hay que terminarlas en el tiempo disponible y que la firma compromete la responsabilidad de lo que se ha escrito.

Como he dicho Clemente era magnífico ingeniero y un gran profesor pero, además, un extraordinario compañero. Y ello, no sólo en la relación bilateral, donde siempre brilló su respeto grande a la persona, especialmente si estaba en apuros, sino por que su cariño al colectivo le llevó a embarcarse en empresas como la Asociación o el Colegio donde es fundamental una desinteresada dedicación.

En ellas además de organizar actos en defensa de la profesión y de la calidad de los trabajos tuvo participación destacable en la Colección de Ciencias, Humanidades e Ingeniería.

Recuerdo el entusiasmo con que reaccionó cuando le propuse, a raíz de la celebración del X Congreso Mundial de Ingeniería Sísmica en Madrid, la reedición del libro de 1756 donde el Catedrático de matemáticas de Salamanca Ortiz Gallar-

do, que dedicó la obra a su predecesor y tío Torres de Villaroel, explica el origen de los terremotos tras el impacto causado en la opinión pública por el sismo de Lisboa de 1755.

Y cómo disfrutamos con la lectura de algunos párrafos que ilustran sobre la vida académica en la Salamanca de aquellas fechas.

Por cuestiones relacionadas con la edad límite que impusieron los Estatutos de la Real Academia de Ingeniería, Clemente no pudo formar parte de la misma, a pesar de lo cual no escatimó esfuerzos para su creación desde el Instituto de Ingeniería ni para apoyar su desarrollo cuando años después le pedí ayuda para buscar una Sede digna.

Incluso cuando me encargó pronunciar su alabanza en la entrega del Premio Nacional de Ingeniería Civil estoy seguro que con ello pretendía una propaganda subliminal de la Academia ante las autoridades del Ministerio.

No subliminal sino clarísima fue su intención igualmente cuando provocó un acto de homenaje en el Colegio a los Ingenieros de Caminos que habíamos obtenido el Premio Nacional de Investigación en Ingeniería: Manuel Elices, Fernando Flores y yo mismo.

Como saben ustedes en algunos miembros de nuestra carrera renacen periódicamente las dudas sobre la intensidad de la formación en ciencias exactas y físicas que es preciso imbuir a los futuros ingenieros. Clemente, lo tenía muy claro: no se puede prescindir de lo que ha dado carácter a la ingeniería moderna ni tampoco de la investigación propia, que como decía Guillermo Humboldt, conduce al perfeccionamiento intelectual y a la forja de la voluntad de profesores y alumnos. Y ahí justificaba el homenaje a los premiados.

Como subproducto defendía también el Plan 57 del que este año, por cierto, se cumplen 50 años y a cuyo análisis la Real Academia de Ingeniería dedicará una sesión monográfica.

Con una afirmación rotunda "Queridos compañeros en los nidos de antaño hay pájaros hogaño" comenzó su intervención en aquel homenaje que nos dejó emocionados y agradecidos.

Cuando terminó le recriminé que todo había sido perfecto pero que había comenzado llamándonos "pájaros" y entonces me recordó una frase de cierto Vicerrector de la Universidad Politécnica de Madrid quien aseguraba que en ésta no existen fondo de reptiles porque, como añadió posteriormente, todos éramos unos pájaros.

Clemente fue fundamental también en el acuerdo alcanzado por el Colegio con la American Society of Civil Engineers. Rosario Martínez, quien escribió una conmovedora despedida en nuestro Boletín, me cuenta que la delegación de ASCE que visitó España quedó fascinada, en la visita que él organizó a Segovia, por su conocimiento de todas las historias que fue capaz de transmitirles sobre los monumentos y el territorio pero también sobre sus habitantes.

Profesional eminente, gran maestro y buen compañero, así era Clemente en su mundo ingenieril.

Que su ejemplo nos ilumine.

Finalmente, Edelmiro Rúa recordó la importante labor que Clemente realizó en el Colegio, siendo promotor de muchas de las actividades que en él se llevaron a cabo, colaborando mucho tiempo en la Junta de Gobierno y siendo, en sus últimos años, Vicepresidente de la misma..

Recordó también su labor como Catedrático en la Escuela de Madrid durante casi toda su vida profesional, de la que los hoy ingenieros guardan un recuerdo imborrable, llegando muchos de ellos a ser sus colaboradores.

Finalmente, y antes de proceder a la clausura, leyó unos párrafos de la carta que la Ministra de Fomento le había hecho llegar, en la imposibilidad de haber asistido al acto. ♦